

# Capítulo 1

*28 de septiembre de 1066*

*Costa de Inglaterra*

¡*M*amá, ven, mira! Hay cientos de barcos —gritó el niño que irrumpió en la habitación—. ¡Ven, mira mamá! Nunca he visto tantos.

A lady Vedette de Pevensey se le heló la sangre, agarró a su hijo pequeño de los hombros y lo zarandeó ligeramente.

—Cálmate y cuéntame detenidamente lo que has visto.

—Barcos. Un montón —contestó el despeinado niño de ocho años mientras se quitaba sus rizos rubios de su cara redonda y sonrosada—. Son barcos buenos y fuertes, y están cargados de caballos, hombres y provisiones.

—¿Los daneses? —susurró ella, pero se le hizo un nudo en el estómago, pues era perfectamente consciente de que no eran los daneses quienes ahora amenazaban las playas inglesas.

—No mamá —dijo el niño mientras se escabullía de ella—. No son los daneses. He visto sus banderas y recordé lo que me dijo mi padre. Es Guillermo el Bastardo.

Su madre enseguida le dio una bofetada, y el niño gritó de sorpresa y dolor.

—Nunca vuelvas a decir eso, Ethelred. Nunca más. ¿Me oyes?

—Sí, mamá.

Ella estrechó a su lloroso hijo entre los brazos y lo abrazó con fuerza un momento. Después, suave y firmemente, se separó de él. Con el corazón en la boca miró en dirección al mar por la estrecha ventana. Todo lo que le había dicho Ethelred era verdad, pero no tenía tiempo para tranquilizarlo.

—Recoge tus cosas, Ethelred. Hazlo ahora. Guarda sólo lo que te sea más necesario y sé valiente.

Mientras su hijo salía corriendo para hacer lo que le había pedido, lady Vedette se volvió a su hija, que permanecía sentada en silencio, llena de confusión y miedo.

—Tienes que hacer lo mismo, Averil. Recoge sólo lo que sea más importante y necesario para ti. Y lo más valioso.

Como la pálida Averil, su hija de trece años, se levantó, pero no se movió, lady Vedette le dio un empujoncito para hacer que se dirigiera a su dormitorio.

—Corre niña. Tenemos muy poco tiempo.

Mientras Averil salía rápidamente para obedecer a su madre, lady Vedette comenzó a dar órdenes a sus asustados esclavos. Uno se apresuró en ir a preparar el carro mientras otros dos la ayudaron a meter sus pertenencias en sacos, cestos, y cualquier otra cosa que les sirviera. Mientras tanto, lady Vedette iba recogiendo lo que podía, y rezaba a Dios para que les diera tiempo de escapar con seguridad. Sólo le preocupan las cosas que les pudiera permitir mantenerse como una familia pudiente, sin que les afectara quién fuera a gobernar Inglaterra.

Mientras subían al carro todo lo que habían recopilado, Ethelred gritó:

—¿Qué pasa con Eada?

Vedette cogió a su hijo justo cuando intentaba saltar del carro, y tiró de él.

—Eada debe arreglárselas por su cuenta —dijo, agarrando con fuerza el tosco borde del carro mientras miraba ciegamente hacia donde había visto caminar a su hija mayor esa misma mañana.

—Mamá, no la podemos dejar —susurró Averil, pues las lágrimas le enronquecían la voz.

—Tenemos que hacerlo. Mirad los barcos, niños —dijo, señalando la playa donde se veía que los primeros barcos de una gran armada ya llegaban a la orilla—. Si esperamos, o intentamos ir a buscarla ninguno de nosotros podrá escapar.

En cuanto el carro comenzó a moverse, Vedette miró las montañas.

—Que Dios te proteja Eada. Ruego que estas colinas que amas tanto te escondan y protejan.

Eada se rió al ver cómo jugaban sus perros. Les gustaba tanto como a ella escaparse a los confines apartados del pueblo. Aunque a ella realmente no le disgustaba vivir en Pevensey, de vez en cuando sentía la fuerte necesidad de escapar de la gente, el ruido, y los malos olores. También le gustaba visitar a la anciana Edith, una mujer que vivía sola porque había sido desterrada de Pevensey hacía algunos años, aunque nunca se lo decía a sus padres. No lo hubieran aprobado.

En cuanto giró por un recodo y se despejaron los árboles, vio a la anciana en la puerta de su cabaña y le hizo señas con la mano. La respuesta de Edith fue mínima, pues el dolor de sus articulaciones le impedía moverse demasiado. Eada suspiró y corrió hacia la casa con el corazón muy triste, perdiendo un poco la alegría de ser libre durante un rato. Sabía que la anciana Edith ya no viviría mucho más. En esos momentos era algo que ya se veía claramente en sus ojos. Lo que la aliviaba era comprobar que Edith lo aceptaba con mucha tranquilidad, hasta había comenzado a desear la muerte, pues así por fin se le acabarían sus constantes dolores.

—No deberías estar afuera —reprendió Eada amablemente a la anciana cuando llegó a su lado—. El aire está muy frío.

Edith asintió y volvió a entrar en su cabaña mientras Eada iba tras ella.

—Pronto nos caerá el invierno. Siento la necesidad de observar cómo llega, pues sé que no viviré lo suficiente como para ver otra primavera.

—Me gustaría que no hablaras de eso —dijo Eada, sentada y con las piernas cruzadas junto a la chimenea del centro de la habitación.

Edith hizo una mueca mientras se inclinaba hacia el duro suelo de tierra, y le preguntó:

—¿Por qué? La muerte es parte de la vida, y yo estoy en el invierno profundo de la mía, Eada. Mi cuerpo está gastado y mi alma ruega poder ser liberada de este encierro inútil y lleno de dolor.

—¿Tanto dolor tienes? —dijo Eada poniendo sus manos pequeñas y suaves sobre las manos nudosas de Edith.

—Cada amanecer lloro de lo fuertes que son mis dolores y me pregunto por qué Dios es tan cruel, y qué he hecho para enfurecerlo tanto como para obligarme a soportar otro día más. Vamos, mi pequeña rubia, verdaderamente no me puedes desear que siga viva y sufriendo así.

—No, no quiero que sufras, pero te echaré mucho de menos, queridísima amiga.

—Y yo te echaré de menos a ti. Es lo único que lamento. ¿Y cómo le va a tu hermosa familia?

—Están bien —dijo Eada muy seria y su boca bajó ligeramente con las comisuras ligeramente apretadas—. Todos menos mi padre. Tengo miedo por él. Se ha unido al rey Harold para combatir a Harald Hardrada y a Tostig.

Edith movió la cabeza.

—Tu padre no ganará nada con eso salvo encontrarse con el sabor frío y amargo del acero.

Eada se estremeció y cruzó los brazos en torno a su delgado cuerpo. A pesar de todo el tiempo que conocía a esa mujer, nunca había llegado a acostumbrarse a la manera tan directa y firme con que hablaba algunas veces. Era como si pudiese ver cosas que los demás mortales no podían. El hecho de que sus pronunciamientos

casi siempre resultaran ser verdaderos, hacía que Eada se sintiera muy incómoda. Casi podía entender lo que había impulsado a los habitantes de Pevensey a desterrarla.

—Mi padre intenta recuperar todo lo que ha perdido ganándose el favor de Harold —explicó Eada.

La cara arrugada de Edith adquirió un aspecto triste y comprensivo.

—Lo sé, pero se equivoca. El sol del rey Harold ya se ha puesto. Intenta alcanzar un destino que nunca será el suyo. Lo siento, niña, pero Harold hará que tu pobre padre Waltheof caiga con él. ¿No viste lo que encendió el cielo hace poco?

Eada asintió lentamente intentando evitar temblar de miedo. Todo el mundo habló de la cosa del cielo. Y todos estaban seguros de que era una profecía. Sin embargo dudaban de lo que significaba o cómo debía interpretarse. Había muchas teorías y cada una tenía sus partidarios y sus detractores. Eada sólo estaba segura de que no le había gustado, y deseaba que se demostrara que no significaba nada en absoluto.

—Sólo los ciegos no vieron ese fuego que se movía por el cielo —dijo Eada—. E incluso ellos supieron exactamente lo que ocurrió pues todo el mundo habló de ello. En realidad, era casi de lo único que hablaba la gente.

Edith asintió.

—Y cada hombre, mujer, niño, esclavo o liberado, pensaron en lo que podía ser y lo que significaba. Sospecho que incluso los paganos cayeron de rodillas pidiendo a Dios que les guiara y ayudara.

—Así ocurrió. ¿Qué crees que significaría? —preguntó un poco de mala gana, pues sabía que no era capaz de ignorar, hacer caso omiso, o despreciar lo que dijera Edith.

—Pobre niña. Quieres saber la verdad, aunque al mismo tiempo, la temes. Ay, hay buenas razones para tener miedo, pero no dejes que eso te robe el juicio y la fuerza.

—Edith, estás empezando a atemorizarme más de lo que lo hizo el fuego del cielo.

—Nunca temas a la verdad. La ignorancia conlleva las mayores amenazas. Lo que viste en el cielo fue el breve reinado de Harold tragado por las llamas del destino. Cabalgando hacia la victoria sobre la brillante cola de ese fuego hay un nuevo rey, un normando que terminará con el dominio de los sajones sobre esta tierra.

—Guillermo el Bastardo —susurró Eada.

—Sería prudente que dejes de pensar en él así —le sugirió la anciana Edith con una media sonrisa que dejaba ver la belleza que le había robado la edad y la miseria—. Pronto será tu rey.

—De modo que mi padre volverá a perder.

—El pobre Waltheof nunca estuvo destinado a ganar. Su linaje sobrevivirá, y más adelante se levantará por encima de las debilidades y errores de sus antepasados. Waltheof y sus antecesores sólo tenían que plantar esas semillas.

—¿*Ves* todo eso, Edith?

—*Ver* tal vez no sea la palabra correcta. Hablo de lo que siento y percibo que es verdad. No tengo ni sueños ni visiones, si es eso lo que piensas. Tengo ideas, pensamientos o revelaciones. Los llamo mensajes. Algunas veces incluso me sorprendo por las palabras que fluyen de mi boca, pues no las he pensado por mí misma. Otras, intento decir algo completamente distinto, pero la verdad simplemente aparece. No lo puedo evitar, por lo que lo tengo que aceptar tal y como es.

—Creo que lo que me acabas de decir es difícil de aceptar —dijo Eada, mientras tiraba distraídamente de su túnica gris a la altura de sus piernas—. Hablas de guerra y de la conquista de nuestro pueblo.

—Eso hago, y me entristece. Aunque los sajones también fueron conquistadores en otro tiempo. Todo lo que tienen ahora se lo arrebataron a otros. Ahora les toca ser conquistados, y ser ellos los despojados.

—Lucharán.

—Y morirán. La voluntad de Dios nunca se puede cambiar.

Hemos sido bendecidos con un largo reinado en una tierra excelente, y hemos desarrollado muchas cosas buenas. Dios dice que ahora toca un nuevo cambio.

—¿Y nuestro pueblo y nuestras costumbres morirán?

—No, niña, simplemente cambiarán. Y tú serás una de las que llevarán a cabo esa parte de la profecía.

—¿Yo? —gritó Eada mientras apretaba sus pequeños puños para contener la urgente necesidad de abofetear a la anciana y decirle que se dejara de decir tonterías—. No soy más que una mujer pequeña y delgada de sólo dieciocho años.

—Te tendrás que casar.

El cambio abrupto de tema sobresaltó a Eada y se rió, pero enseguida se volvió a poner seria.

—Ya lo hice.

Edith resopló disgustada mientras atizaba el fuego con un palo ennegrecido.

—¿Ése? ¿Ese chico borracho que se mató a sí mismo antes de siquiera acostarse con su nueva esposa para fecundarla? Todavía eres doncella, de modo que sigues soltera. Veo que aún llevas el pelo suelto como las doncellas.

Eada sonrió dulcemente mientras se tocaba su abundante cabello rubio.

—Como dices, todavía soy una doncella. Eso ha generado habladurías, sin embargo, doncella o no, soy viuda —dijo encogiéndose de hombros—. Me mantuve el cabello recogido mientras duró el duelo. Eso debía ser suficiente para callar algunas bocas.

—Más que suficiente. Sin embargo, tu momento está por llegar. Pronto tendrás a un hombre que te merece.

—¿Y será guapo, valiente y fuerte? —preguntó Eada con un tono pícaro.

—Piensas que no digo más que palabras huecas, las mismas palabras que muchos otros te puedan decir; pero sí, será las tres cosas.

—¿Y lo conoceré después de que acabe esta guerra?

—No. Lucha junto a Guillermo.

Todo el buen humor de Eada se acabó enseguida, y se quedó helada. Con creciente consternación, abrió mucho sus ojos color lavanda para mirar a la solemne Edith. Cuando decía tales cosas, hacían daño como cualquier verdad difícil, pero esta vez Eada no quería creer lo que había dicho.

—¿Un normando? —preguntó en voz baja, enronquecida por la conmoción—. En un momento me dices que los normandos destruirán a mi pueblo, y lucharán por nuestras tierras; y en el siguiente te atreves a decirme que me enamoraré de uno de ellos. Entonces, ¿estoy predestinada a ser una traidora? ¿De verdad crees que una debilidad así herirá mi alma?

—Eres una niña bonita y tonta —la regañó Edith—. ¿No te he dicho también que nuestro pueblo no desaparecerá, y que tampoco nuestras costumbres se perderán para convertirse en leyendas? ¿Cómo crees que podrá suceder algo así? No a través de nuestros hombres —dijo Edith bruscamente mientras apretaba con desdén sus descoloridos labios—. Ellos simplemente lucharán y se despedazarán con sus espadas. Se confabularán, pero perderán sus tierras tras ser conquistados. No estarán contentos entre ellos, pero seguirán batallando y desangrándose, para al final ver cómo se les escapa todo entre las manos. Nuestros hombres sajones no tienen futuro. —Edith continuó con la voz cada vez más fuerte—. El futuro está en nuestras mujeres, las mujeres sajonas. En los úteros de nuestras mujeres se guarda el futuro de nuestro pueblo. Sus maridos tendrán sangre normanda, pero sus herederos llevarán la buena sangre sajona en sus venas, y si las mujeres son inteligentes, también llevarán nuestras tradiciones en sus corazones. Esas mujeres aprenderán a hablar normando, como debe ser, pero también harán que sus hijos conozcan el idioma sajón. —Edith sonrió suavemente a Eada—. Observo que no quieres asumir la verdad de todo lo que estoy diciendo.

—Entonces, ¿es sensato acostarse con el enemigo? —Eada movió la cabeza y cerró nerviosamente el broche de oro que sujetaba su

capa sobre sus hombros—. No me puedo creer que las mujeres sajonas tengamos que hacer de putas para asegurar el futuro de nuestro pueblo.

—Putas no. Esposas, damas, madres del futuro que serán las guardianas del pasado. Veo que no quieres entenderlo, que quieres dar la espalda a la verdad; pero no olvides mis palabras, Eada de Pevensy. Prométeme que recordarás mis palabras y pensarás con detenimiento en todo lo que te he dicho.

Había una dolorosa desesperación en la voz de la anciana Edith. Eada se acercó a ella para abrazarla dulcemente, y le susurró la promesa que le había pedido:

—Te he escuchado, Edith, y lo recordaré todo —dijo y volvió a su lugar junto al fuego—. Mi corazón aún tiene que reflexionar sobre estas noticias tan solemnes y tristes. Pero por ahora ya basta de estos pensamientos oscuros. Ven, mira lo que te he traído. —Eada escarbó en su pequeño bolso y alegremente nombró cada regalo que le traía, mientras lo colocaba delante de su amiga—. Un pote de miel, queso dulce, pan y un aguamiel muy bueno.

—Acércame el cuchillo y los cuencos —le ordenó Edith con una sonrisa—. Vamos a tener una fiesta.

Eada, aunque le obedeció, preguntó:

—Tienes tan poco, querida amiga. ¿No prefieres guardarlo?

—Cuando llegas a mi edad, niña, dejas de guardar cualquier cosa —murmuró Edith mientras comenzaba a cortar el pan—. Es cierto que lo sensato es conservar algo para el día siguiente, pero no cuando se es tan vieja como yo. El mañana nunca llega. Entonces es cuando empiezas a pensar «hazlo ahora, vieja bruja, pues ya no podrás hacerlo en la tumba». —Se rió suavemente—. Nuestro Señor no esperará a que me termine estos regalos cuando finalmente decida llamarme a Su lado.

Eada se obligó a sonreír mientras se unía al pequeño festín que la anciana había colocado delante de ellas. Quería muchísimo a esa mujer, pero ahora deseaba no haber hecho esa visita. No podía apar-

tar de su mente, ni ignorar, todas las cosas de las que Edith había hablado. Sus palabras se habían instalado en su cabeza, y la distraían y molestaban. Lo que Eada consideraba más desagradable era que su vocecilla interior le recordaba todas las veces en que Edith había tenido razón.

Estaba a punto de marcharse porque necesitaba salir de allí para pensar con claridad, cuando de pronto la anciana se quedó muy quieta, mirando con una intensidad congelada el cuenco abollado. Eada se estremeció, y tardó un instante en controlar la urgente necesidad que sintió de salir corriendo de esa pequeña cabaña. Pero cabía la posibilidad de que Edith estuviera sufriendo algún tipo de ataque, y que necesitara su ayuda.

—¿Edith? —la llamó, pero la anciana ni siquiera parpadeó—. ¡Edith! —La volvió a llamar con un tono más fuerte—. ¿Estás enferma?

Parpadeando rápidamente, Edith levantó la cabeza y la miró. Había tanta tristeza en su cara, que Eada sintió que su corazón palpaba asustado. Sabía que estaba a punto de escuchar más noticias que no deseaba conocer, pero todavía no se podía ir, pues había posibilidades de que a la anciana le hiciera falta su ayuda.

—No deberías haber venido hoy, Eada de Pevensey —susurró Edith con la voz ronca. Después movió la cabeza y unos mechones de cabello gris le cayeron sobre su profundamente arrugada frente—. No, he dicho una tontería. No podías hacer otra cosa. Dios te trajo hasta aquí. Nada puede alterar nuestros destinos, ni siquiera estas desventuradas advertencias sobre lo que va a ocurrir. Lo único que podemos hacer es prepararnos. No sé si tengo tiempo para hacerlo, o si permitirás siquiera que te prepare para afrontar lo que sucederá.

—Edith —dijo bruscamente Eada; entonces se quejó y se restregó las sienes en un vano intento por acabar con un incipiente dolor de cabeza—. ¿De qué hablas ahora?

—De Guillermo nuevamente, niña. La llegada de los normandos y el fin del gobierno de los sajones comienza hoy.

—¿Hoy? —dijo Eada boquiabierta y se puso de pie de un salto—. ¿Me dices que la guerra comienza hoy?

—¿Si te digo que sí, querrás volver corriendo a tu casa? ¿Crees de verdad que una simple mujer puede contener a un ejército? ¿Puedes hacer que los barcos se den la vuelta y regresen navegando a Francia?

—Tengo que ver si mi familia está a salvo.

—Vedette vigilará para que lo estén. Es una mujer que sabe bien cómo sobrevivir. Huirá en cuanto comiencen a verse los barcos a un lugar donde estarán seguros hasta que la guerra termine. Después saldrá, comenzará de nuevo y encontrará a alguien que la proteja. No tienes que temer por ella, niña.

—No se marchará hasta que no esté yo con ella. Debo ir a toda prisa porque no esperará demasiado.

—No esperará ni siquiera por ti —dijo Edith tranquilamente mientras seguía a Eada hasta la salida de la casa—. Detrás de su cara dulce, Vedette es una mujer que tiene suficiente fuerza como para tomar decisiones difíciles. Pensará que si huye sin dudarlo, podrá salvar a dos hijos y a ella misma, pero si espera a que vuelva a casa una hija errante, podría perder todas sus oportunidades de escapar. Le dolerá dejarte atrás porque te quiere, pero no te esperará. Cogerá todo lo que pueda y escapará de Pevensey lo más rápido posible.

—No —susurró Eada, pero una voz en su cabeza le decía que Edith decía la verdad—. Ni siquiera sé si todas tus advertencias y profecías son verdad —gritó de pronto y salió corriendo de la choza.

Eada corrió todo lo rápido que pudo y sus dos perros le siguieron el paso. Estaba desesperada por llegar a su casa y demostrarse que la anciana se equivocaba. No bajó el ritmo hasta que pudo ver el pueblo y el mar que tenía delante. Jadeando, con el pecho adolorido por el esfuerzo y necesitada de recuperar el aliento, contempló horrorizada la escena que tenía ante ella, e intentó negar desesperada lo que estaba viendo, pero era imposible.

En Pevensey había un enjambre de hombres. Las aguas bajas junto a la playa estaban atestadas de barcos, y el desembarcadero estaba lleno de hombres, caballos y provisiones. A pesar de que ya eran muchos, había barcos que todavía seguían esperando para ser descargados. Ocasionalmente se oía un grito de miedo o dolor, cuando algún pobre loco intentaba defender lo suyo con una desventaja imposible de superar. También de vez en cuando se oía el grito de una mujer, que tras ser descubierto su escondite protestaba para no sufrir un destino casi seguro.

Cayendo poco a poco de rodillas, mientras sus perros jadeantes se desplomaban a su lado, Eada miraba hacia abajo la constante actividad del pueblo. Rezó intensamente para que su familia no estuviera allí, aunque le dolía pensar que era verdad que la habían dejado atrás. Pevensey ya no era un lugar seguro. Estaba repleto de enemigos ansiosos por conquistar sus tierras.

De pronto, como si despertara de un sueño, tomó conciencia de que no todos los invasores se quedaban en Pevensey. Pequeñas bandadas se montaban en sus caballos, o en los que acababan de robar y salían al galope. Maldijo al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, y de su propia estupidez por no contemplar esa posibilidad en el momento en que vio a los invasores. Los soldados tendrían que hacer un reconocimiento y buscar comida. También podrían atrapar a algunas personas que estuvieran huyendo de la ciudad para quedarse con cualquier cosa de valor que llevaran. Los soldados normalmente se volvían muy codiciosos con los botines de guerra, y si Pevensey ya había sido saqueado, tendrían que recuperar esas riquezas.

Todavía maldiciéndose por haberse expuesto tanto en la cumbre de la colina, rápidamente se puso a buscar un lugar seguro. Entonces divisó un denso matorral, e ignorando el fuerte dolor que le provocaron las zarzas y las ramas, se zambulló en él, animando a sus perros para que se unieran a ella. Se acostó boca abajo y ordenó a sus mascotas que hicieran lo mismo. Después puso una mano en cada uno

de sus suaves hocicos, y en silencio les ordenó que se quedaran quietos y tranquilos.

Edith tenía razón, reflexionó, mientras espiaba a través del enredo de ramas observando cómo una pequeña tropa se aproximaba. No debía haber vuelto corriendo a su casa. La anciana nunca se había equivocado, y Eada sabía que había sido una locura dudar de ella esta vez. Desde el momento en que los barcos fueron atisbados por primera vez ya había perdido todo lo que tenía en Pevensey. Su madre debió haber recogido lo que pudo lo más rápido posible, y después habría huido. En su corazón Eada sabía que su madre no debió haber querido dejarla atrás, pero había tenido el buen juicio y la fuerza para saber que tenía que sacrificar a uno para salvar a los demás, y que cualquier retraso podía ser muy costoso, y tal vez mortal. Sabía que ella hubiera hecho lo mismo.

Como una niña que no piensa, había vuelto corriendo a casa para estar con su madre a la primera señal de peligro. Y ahora, ya no estaba segura junto a Edith, sino atrapada en medio de la invasión. Y en vez de haberse escapado a tiempo o de haberse buscado un escondite cómodo y adecuado, estaba ahí paralizada bajo un arbusto, donde tendría que permanecer escondida hasta que cayera la noche. Sólo entonces podría tener alguna posibilidad de escabullirse sin ser vista y volver a la cabaña de Edith. La anciana también necesitaría ayuda para escapar del enemigo. Mientras cambiaba con todo cuidado la posición de su cuerpo, en un vano esfuerzo por estar más cómoda, rezaba intensamente para que si algún normando entraba en su casa no encontrara casi nada que pudiera enriquecerlo o confortarlo.